

cultura amazónica los que señoreaban la tierra donde hubo de fundarse Buenos Aires.

Todo lo cual significa, resumida pero concluyentemente, que durante el medio siglo que comprende ambas fundaciones de Buenos Aires, los guaraní ocuparon el litoral bonaerense desde la parte insular norteña hasta Atalaya por el sud, internándose a la vera de los ríos y arroyos que les brindaban propicia vía a sus rápidas canoas¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 4 de octubre de 1939. Dibujos de la señora M. von Bülow.

UN BASTON MAGICO HERPETIFORME DESCUBIERTO EN PATAGONIA AUSTRAL

por

LEONCIO S. M. DEODAT

"Si me es permitido expresar un deseo, diré que los poseedores de elementos de estudio de tal importancia deben tener presente sus deberes para con la cultura científica".

DR. JOSÉ IMBELLONI, *Solar*, 324.

NO poco fué mi asombro cuando en aquella inolvidable mañana del 16 de febrero de 1937, el Sr. Indalecio Alvarez, en su estancia "25 de Marzo" (fig. 1)¹, puso en mis manos dos fragmentos complementarios de una piedra cilíndrica con ornamentación incisa, que una hijita suya había hallado tres o cuatro días antes no lejos de un manto salino de regular extensión, dentro del campo de su propiedad. (fig. 2).

Jamás había visto nada semejante en Patagonia. Mis conocimientos bibliográficos despiertos de pronto, no pudieron satisfacer de inmediato el imperativo interrogante con que fui acosado. Creo ignorar hoy tanto como ayer; pero el acto gentil del Sr. Alvarez de desprenderse de tan curioso ejemplar para obsequiármelo como recuerdo de mi visita, no solamente obliga mi gratitud, sino que me impone el deber de no ocultar su hallazgo y existencia al mundo arqueológico de mi país.

(¹) Lotes 25 y 26 de la 4ª sección de Cabo Blanco. Dista seis leguas hacia el Sur de la estación Antonio de Biedma del Ferrocarril Puerto Deseado a Colonia Las Heras.

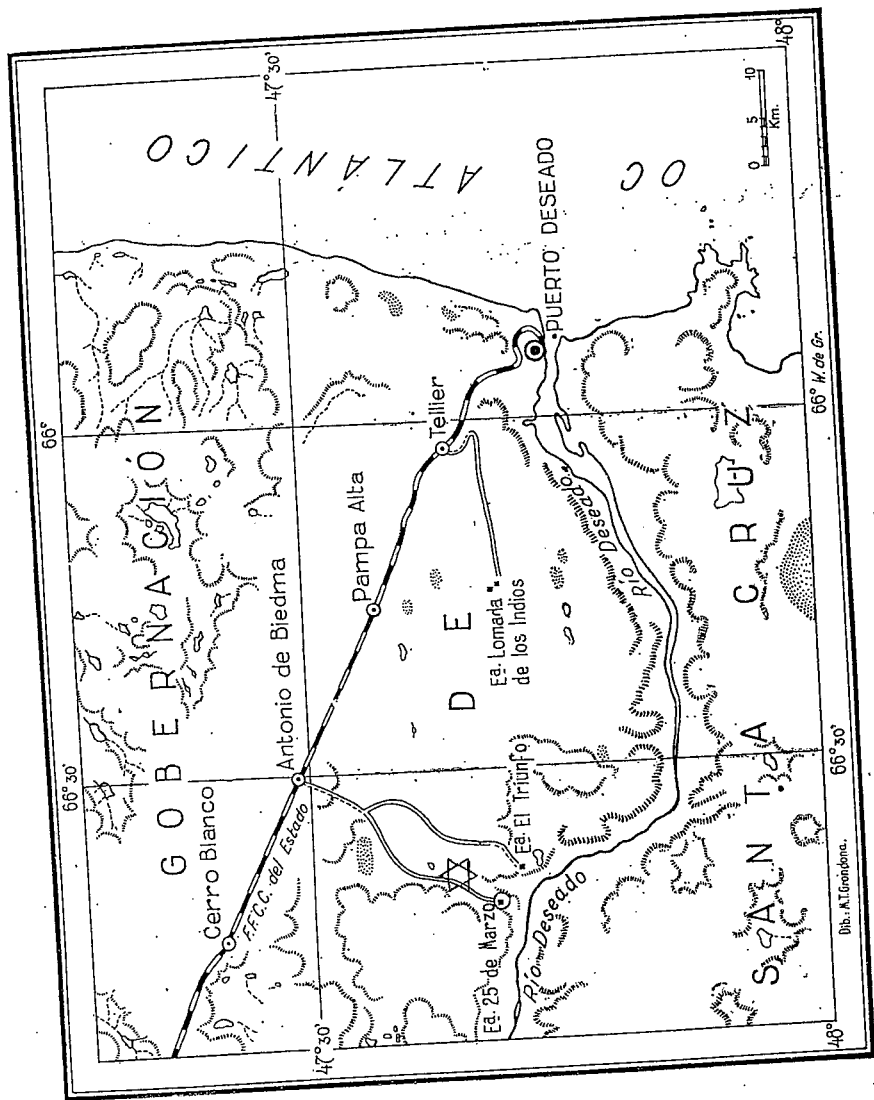


Fig. 1

El paraje donde fué descubierta es poco grato a la vista: un ligero bajo arcilloso en una meseta volcánica donde se extiende una salina — creo que de escasa capacidad productiva—, y crece rala y achaparrada la vegetación propia de la zona. El suelo que la circunda es pulverulen-

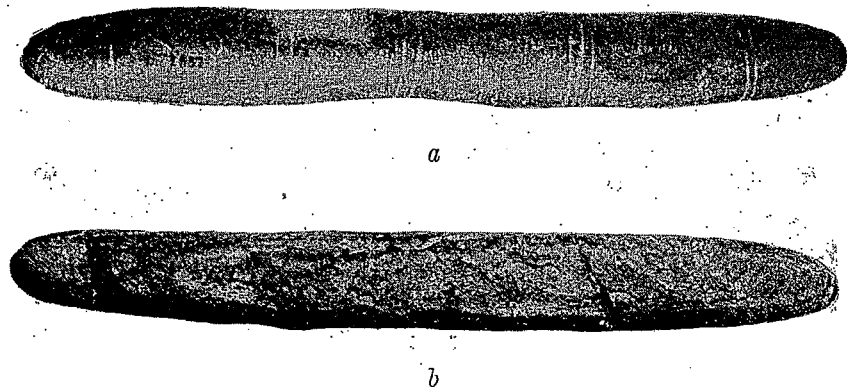


Fig. 2. N° 2852 de la colección particular del autor. Aprox. 1/3 t. n.
 a Vista por su superficie superior o dorsal.
 b Vista por su superficie inferior o ventral.

to y de color gris. En él, las hijas del Sr. Alvarez recogieron diversos instrumentos líticos, y, en el mismo día, en una visita que hice, pude obtener algunos raspadores y puntas de flecha de tipos conocidos, además del hornillo de una pipa de arenisca, no usada.

El indígena debió acercarse periódicamente allí al solo efecto de proveerse de sal.

No tengo noticias de hallazgos de esqueletos humanos en el campo que ocupa el Sr. Alvarez. Precisamente, mi visita a la estancia respondía al propósito de explorar dos tehénkes que se me dijeron situados en la cima de las elevadas barrancas rocallosas que bordean por el norte el "mal llamado" río Deseado, cuyo curso atraviesa dicho campo. No tuve

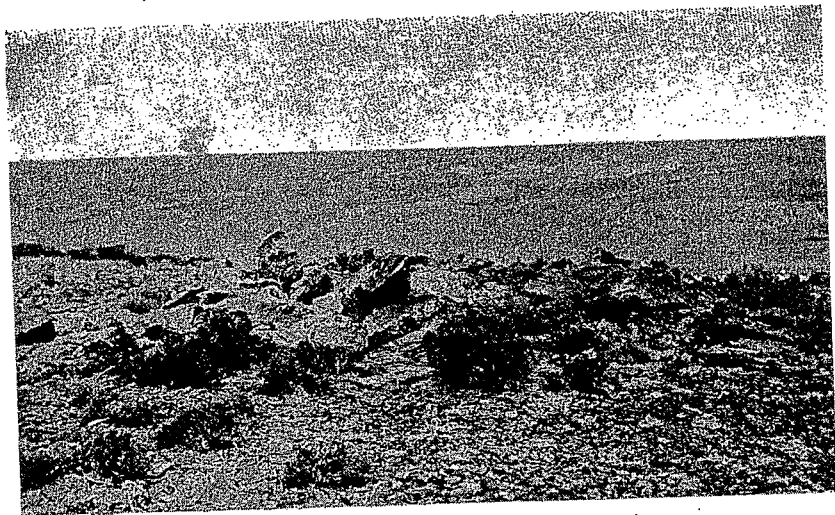


Fig. 3

éxito en mi empeño; aquellas aglomeraciones de piedra que se me señalaron, no pasaron de tales. La figura n° 3 muestra uno de esos falsos tchenkes; en el centro y a la derecha, una pequeña mancha blanca indica la corriente del Deseado.

La curiosa pieza lítica a que aludo, es un trozo de arenisca rosada de grano fino, según determinación del Dr. Romeo Croce, de la Sección Mineralogía y Geología del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia". La figura n° 4 —un artístico dibujo a pluma, obra del dibujante del mismo Museo, Sr. Eduardo Ríos— reproduce dicho ejemplar en sus superficies principales, *a* y *d*, y laterales, *c* y *b*. Sus dimensiones son las siguientes, en milímetros: largo 320; ancho máximo, 41, y mínimo, 38; espesor máximo, 37, y mínimo, 31,¹

(1) La Sección Arqueología del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia" de Buenos Aires, posee un calco en yeso que consta en su catálogo con n° 39-702.

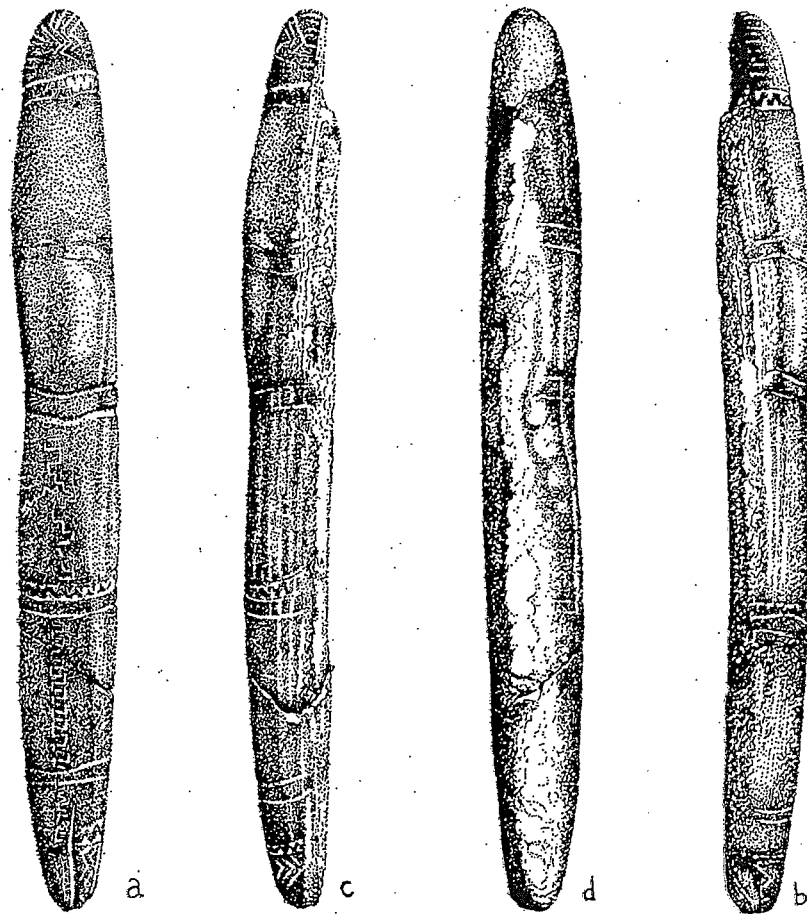


Fig. 4

La primera faz de la tarea fabril se ha circunscripto al redondeo y a la alisadura de la superficie superior (figs. 2 a y 4 a), dejando intacta la inferior (figs. 2 b y 4 d) que conserva, carente de asperezas, sus relieves originales. Los extremos fueron adelgazados poco a poco hasta producir dos gruesas puntas romas. En uno de sus lados —el derecho con más propiedad— tiene en su parte media e inferior una suave depresión artificial que afecta algo las superficies principales (dorsal y ventral), sin, empero, profundizarlas (figs. 2 a y b, 4 a y d).

El dorso, o lomo, hállase dividido en seis zonas transversales que ocupan espacios de largura desigual, que oscilan entre 30 y 61 milímetros, más o menos, a partir del extremo que constituye la cabeza. Separaran cada una de estas bandas (figs. 2 a y 4 a) dos líneas paralelas de trazo imperfecto, con surco más bien de sección triangular, cuya profundidad mensurable es de medio y un milímetro, mínimo y máximo, respectivamente. Los espacios interlineales varían entre 4 y 7 milímetros. Por excepción (fig. 5), la franja divisoria de la segunda y tercera zonas,

fórmanla tres líneas; de éstas, dos encierran en toda su extensión sendas series de diminutas rectas y puntos, según lo permita el espacio disponible dada la inexactitud de los trazos, que, partiendo de una u otra, se dirigen hacia el centro en forma

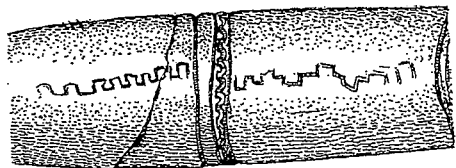


Fig. 5. Aprox. 1/2.

alternada y a modo de un solo engranaje. Este motivo se repite en la franja que limita las zonas quinta y sexta (fig. 7). Todas estas rayas transversales nacen y mueren en los respectivos lindes de las regiones ventral y dorsal, o sea a ambos lados (figs. 4 c y b).

A 17 milímetros de su extremo superior y en un trayecto de 155 milímetros, cruza parcialmente el dorso una greca sencilla compuesta de ángulos rectos unidos unos con otros por la intercalación de rectángulos invertidos (fig. 6). Esta guarda ocupa las tres primeras fajas o zonas sin afectar las líneas limítrofes, como que al llegar a ellas se interrumpe sin siquiera rozarlas. Salvado el endentado ya descrito, ofrece una variante y una ramificación. El perfil rectilíneo de la guarda se quiebra

formando altos y bajos que, si bien imprecisos, representan, fuera de duda, medias cruces alternadas, o rectángulos escalonados. Del centro in-

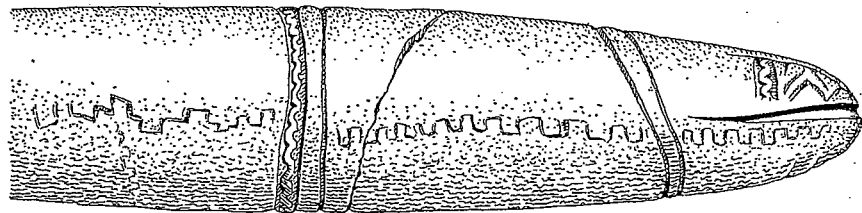


Fig. 6. Aprox. 2/3.

ferior de la tercera faja, se desprende hacia el lado derecho, y en dirección oblicua hasta perderse en el justo linde del dorso, un ramal corto

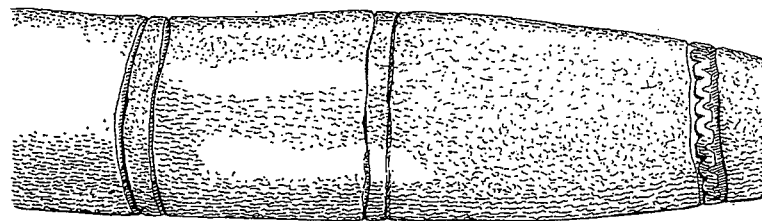


Fig. 7. Aprox. 2/3.

que reproduce, combinándola con ángulos de lados oblicuos en su punto de arranque, la sencilla greca anterior.

Las bandas cuarta y quinta (fig. 7) tienen sus campos absolutamente

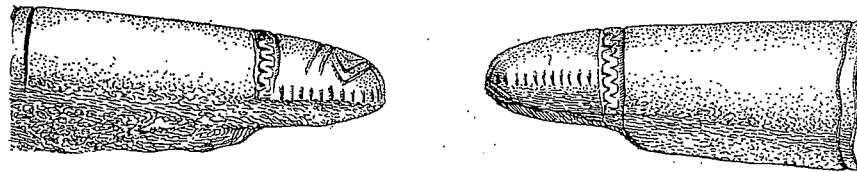


Fig. 8. Aprox. 1/2.

vírgenes; pero la sexta y última que constituye la extremidad inferior o caudal, soporta en ambos bordes, y partiendo de las paralelas separativas, una franja ocupada por cortes perpendiculares y espaciados, en número de once por borde, detalle que revela preocupación por la exactitud matemática (fig. 8 a y b). Esta guarnición rayada debe interrumpir su continuidad en el mismo medio de la cola (fig. 9) hacia donde des-

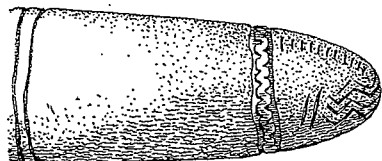


Fig. 9. Aprox. 1/2.

cienden, desde el centro de la zona, cuatro líneas en zig-zag, o intercaladas y alternadas, cuyo nacimiento indican dos cortas y rectilíneas paralelas transversales.

En este extremo inferior existe un desprendimiento artificial y local que afecta la cara interna y abarca toda la zona sexta, reduciendo así a la mitad, más o menos, el espesor de aquél (figs. 2 b, 4 c y b, 8 a y b). Su estructura es idéntica a la general de la misma superficie.

Veamos la primera parte o extremidad cefálica, que es, a mi juicio, donde se concentra el mérito artístico y comparte con la opuesta el valor simbólico y la afinidad ofídica del ejemplar en cuestión (fig. 10); ocupa la primera zona. En su periferia y mediante el recurso de una percusión de picado menudo y suave, se esculpió una boca semiabierta cuyas co-



a

b

Fig. 10. Aprox. 1/2.

misuras no conservan equidistancia, pues mientras una de éstas se halla a 7 milímetros del punto céntrico, la otra aléjase 31 milímetros. Es evidente una falla escultórica (fig. 10 a y b). La abertura de la boca en su parte media es de 10 milímetros, y en las comisuras: 2 y 3 milíme-

tros. En el maxilar inferior, lado derecho (fig. 10 a) y más cerca del centro de la boca que de la correspondiente comisura, ostenta, en bajo relieve, un ángulo recto con el vértice hacia arriba; y sobre el otro maxilar, un rectángulo orientado oblicuamente que apoya uno de sus puntos angulares en una guarda exigua formada por dos paralelas cortas con engranado interior que terminan al llegar a la región ventral. En el centro de este rectángulo existe una rayita descendente cuyo curso, como el del cuadro, trunca el borde del labio. El lado izquierdo (fig. 10 b) presenta en la mandíbula superior una reproducción más reducida del dibujo en zig-zag de la cola: son dos medios triángulos intercalados y alternados unidos por vértices comunes, que se extienden entre el centro de la boca y una guarda idéntica a la del lado contrario: paralelas con engranado interior. La cabeza, por fin, posee un "tajo" que va de menor a mayor hasta alcanzar una anchura máxima de 3 milímetros; empieza a 11 milímetros de la primera línea divisoria, y en su descenso profundiza dos milímetros el frontal, terminando al rozar la boca (fig. 11).

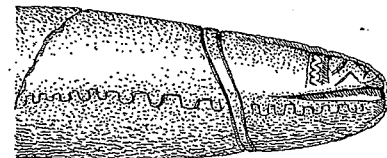


Fig. 11. Aprox. 1/2.

En la segunda zona el ejemplar ha sufrido una rotura al sesgo que le divide en dos (figs. 2 y 4). Es la consecuencia de un inocente juego de la criatura que lo encontró; mientras regresaba a su casa entretúvose en "martillar" con él hasta vencer la débil resistencia de la piedra. Por lo demás, no tiene menoscabo que lo perjudique.

Para completar esta faz descriptiva diré que el canal de los surcos es plano, sobre todo en las grecas, siendo anguloso o algo curvo en el de los restantes. Ciertas rayas divisionales debieron ser rectificadas en su punto de arranque, o bien en pleno desarrollo, con el objeto de salvar, sin duda, errores de desviación.

Parece ser visible en la confección de esta pieza el empleo de dos instrumentos líticos: un escoplo de filo cóncavo y corto para curvar el dorso, cepillando y limando asperezas; y luego, un pulidor, quizá silíceo, para dar más suavidad a la superficie de la roca. En cuanto a los trabajos del artífice, debieron ser dos buriles, también de piedra, de punta

chata y angosta no mayor de uno y medio milímetros, uno, y puntiagudo otro. Este instrumental se encuentra en Patagonia.

Tengo mis dudas acerca de la fabricación del ejemplar. Sospecho que su estado actual sea el producto de la intervención de más de un individuo, no sé si asociados en el espacio o disociados en el tiempo. El color uniforme de la piedra —un tono mate de pátina— en su parte superior o dorsal, es un gran impedimento; pero la técnica decorativa, se me ocurre, posee severidades de fiscal. Hay en los motivos ornamentales una seguridad de trazo, un concepto más exacto del valor artístico de las combinaciones geométricas, que, es evidente, debió ignorar el individuo de mano insegura que grabó el surco de las líneas divisorias de las zonas.

¿Han intervenido un aprendiz y un artífice especializado? ¿Son las fajas dorsales la obra de un experto que mal satisfecho o inhibido de terminarlas dejó la piedra allí o en otro sitio, y, más tarde, por otro recogida dióle fin añadiéndole los motivos ornamentales y hasta los signos anatómicos que hoy podemos contemplar? ¿A quién imputar el “tajo”? Si, a pesar de todo, se me requiriese una respuesta, diría que bien puede ser la resultante de un casual connubio artístico consumado por contemporáneos sin personal conocimiento mutuo. La tonalidad uniforme de la piedra tiende a confirmar que las incisiones son de una misma época.

La técnica fabril y los caracteres del diseño lineal responden a un método y a un estilo bien conocidos en el arte decorativo de los indios prehistóricos de Patagonia. De aquélla sólo llama la atención el aspecto tosco, descuidado, de la región ventral. Por lo demás, nada aporta de nuevo como elemento ornamental. El meandro grabado en el centro y a lo largo de las dos primeras zonas, según el Prof. Vignati, existe en las pictografías murales descubiertas por Moreno en punta Gualicho, lago Argentino (Gobernación de Santa Cruz), lo mismo que el escalonado simple de la tercera zona¹. Greslebin permite ver ambos dibujos en una

(¹) VIGNATI, MILCIADES ALEJO; *Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, t. II (figs. 7 c, 12 d y 13 g); Buenos Aires, 1934.

“placa” o hacha del Chubut¹, y Vignati en la pictografía de Gingín (Neuquén)². Las rayas divisorias —“registros transversales”— según el



Fig. 12. N° 148 de la colección particular del autor. Río Deseado. Cercanías estación Jaramillo.

Prof. Outes se exhiben en placas que este arqueólogo reprodujo en 1916, y en cuanto a las líneas quebradas, pueden verse en otras placas³, y hasta en cacharros descritos también por Outes⁴, lo mismo que en algunas hachas estudiadas por Greslebin⁵. Refiriéndose Outes a un fragmento de

(¹) GRESLEBIN, HÉCTOR; *Sobre la unidad decorativa y el origen esquiomorfo de los dibujos del instrumental lítico de Patagonia prehistórica*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, II, lám. II; Buenos Aires, 1932.

(²) VIGNATI, MILCIADES ALEJO; *Una pictografía de los alrededores de San Martín de los Andes*, en *Revista Geográfica Americana*, IV, n° 27; Buenos Aires, 1935.

(³) OUTES, FÉLIX F.; *Las placas grabadas de Patagonia*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, t. XXXII, pág. 615 y figs. 5, 6 y 7; Buenos Aires, 1916.

(⁴) OUTES, FÉLIX F.; *La alfarería indígena de Patagonia*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, t. XI (serie III, t. IV), pág. 38, figs. 8, 9, 10, 11; pág. 40, figs. 16 y 18. Buenos Aires, 1905.

(⁵) GRESLEBIN, HÉCTOR; *Los motivos decorativos en el instrumental lítico de Patagonia prehistórica*, en *Physis*, t. VIII, lám. I, figs. 4 y 5; Buenos Aires, 1926 (tirada aparte).

aca nº 177, menciona "dos líneas paralelas de las cuales se desprenden hacia el interior, líneas oblicuas cuyas extremidades se tocan",¹ en el fragmento que reproduzco (fig. 12) existe un compuesto similar; pero como no hay convergencia entre los dientes del engranado —porque mientras los superiores suman veintidós y son oblicuos, los inferiores, a su vez rectos, cuentan solamente diez y siete, todos en un trecho de 51 milímetros de largo—, no se puede saber si aquéllas deben interpretarse como un nuevo elemento decorativo, o considerar éstos como una consecuencia natural de una talla defectuosa.

Mas, lo curioso e intrigante es que la greca sencilla ya mencionada encuéntrase fragmentada en una representación zoomorfa, y en el mismo territorio de Santa Cruz. ¿Fué puesta acaso, como presunto valor anatómico en la frente de esa suerte de basilisco o felino que el Prof. Vignati da a conocer como integrante de las pictografías murales de punta Gualicho?² ¿Serán los ojos...?

Este rarísimo y admirable ejemplar pétreo del complejo arqueológico de Patagonia, salvando la configuración escultórica de la cabeza, que difiere de la anatómica por ser ésta más bien plana y un tanto triangular, trasunta un ofidio. Ese, su aspecto de huso con los costados paralelos en gran parte de su longitud, que tan sólo se angostan y cierran en sus extremidades para dar lugar a la formación de la cabeza y la cola; esa su boca con el par de dientes inyectoros figurados mediante dos triángulos intercalados y alternados sobre el borde izquierdo del maxilar superior; ese su único ojo de contorno cuadrangular y pupila elíptica que se distingue en el costado derecho de la cabeza, son caracteres anatómicos demasiado perceptibles a poco que se repare en ellos.

¿Cuál puede ser ese reptil? Se me ocurre que ha de ser la víbora llamada vulgarmente "yarará ñata" (*Bothrops ammodytoides*), cuya dispersión, según el herpetólogo Serié, "está limitada a la Patagonia, desde el sur de Buenos Aires y a las zonas andinas"³. En Patagonia se

(1) OUTES, FÉLIX F.: *La edad de la piedra en Patagonia*, en *Anales*, cit., t. XII (serie III, t. V), pág. 471; Buenos Aires, 1905.

(2) VIGNATI, MILCIÁDES ALEJO: *Resultados*, cit., fig. 9 c

(3) SERIÉ, PEDRO: *Nueva enumeración sistemática y distribución geográfica de los ofidios argentinos*, en *Obrá del cincuentenario del Museo de La Plata*, II, pág. 37; Buenos Aires, 1936.

la encuentra en Neuquén, Chubut y Santa Cruz que es el punto final de su dispersión austral.

Parece ser que esta especie venenosa, aunque en proporciones menores relacionándola con otros animales de la fauna regional, ocupó la mente del indígena prehistórico; y si bien no se conoce de ella otra imagen idéntica a la estilizada en piedra que presento, se la ve, no obstante, en petroglifos, junto a las huellas del huanaco, del puma, del avestruz, etc.

Debemos a los esfuerzos laudables del Prof. Francisco de Aparicio, la publicidad con fines de cultura popular, de los huecograbados roqueños del Neuquén¹ y Santa Cruz². La víbora, aunque muy escasamente, alterna en los primeros. En huecograbados de Nonial y Ñorquin (Neuquén), se destaca con nitidez en el primero una víbora en intencionada marcha ondulante, y otra con las fauces abiertas en el segundo³. En la "Piedra Museo" de San Miguel (Gov. Santa Cruz), los signos ofidomorfos no están representados tan categóricamente; pero no es preciso sutilizar demasiado para descubrir en las espirales y en las circunferencias concéntricas, yararaes enroscadas⁴. El mismo profesor Aparicio aludiendo a una espiral que se destaca en el centro de una piedra, sospecha sea —son sus palabras— "posible representación de una víbora"⁵. Leo en *La Nación* a propósito de una excursión realizada a las localidades de Campanas y Chañarmuyo, en la provincia de La Rioja, por el publicista recién nombrado, lo siguiente: "La víbora es quizá el animal representado con más frecuencia; se la interpreta por medio de una línea ondulada de curvas más o menos suaves y, a veces, por medio de una espiral"⁶. Advierto, por mi parte, que la yarará ñata habita también en La Rioja.

(1) *La Nación*: *En el territorio del Neuquén - Escrituras sobre rocas*, secc. 3ª; Buenos Aires, 15 de mayo de 1932.

(2) APARICIO, FRANCISCO DE: *La "Piedra Museo" de San Miguel en el territorio de Santa Cruz*, en *La Prensa*, secc. 2ª; Buenos Aires, 3 de septiembre de 1933.

(3) APARICIO, FRANCISCO DE: *Grabados rupestres en el territorio del Neuquén*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III; láms. II, VI y VIII a; Buenos Aires, 1933-1935.

(4) APARICIO, FRANCISCO DE: *Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz*, en *Publicaciones*, cit., serie A, III, láms. XXXV y XXXVI.

(5) APARICIO, FRANCISCO DE: *Viaje*, cit., pág. 85.

(6) *La Nación*: *Grabados rupestres en la provincia de La Rioja*, secc. 3ª; Buenos Aires, 5 de agosto de 1934. APARICIO, FRANCISCO DE: *Petroglifos riojanos*, en *Revista Geográfica Americana*, XI, nº 67, págs. 257, 258 y fig. 4; Buenos Aires, abril de 1939.

Desde este nuevo punto de vista —el zoológico— al que, insensiblemente, me conducen mis comentarios sobre el ejemplar pétreo en cuestión, las líneas quebradas, las onduladas y hasta el “elemento circular perfecto” que Outes observó en la alfarería indígena de Chubut y Santa Cruz¹, sin excluir el “zig-zag comprendido entre paralelas” que sirvió al arquitecto Héctor Greslebin para crear una de sus “radicales básicas decorativas”² del instrumental lítico de Patagonia prehistórica, parecen ser emblemas de la yarará ñata vista a través de actitudes propias de los reptiles. De este modo, las líneas quebradas como las onduladas, traducirían al ofidio mientras avanza arrastrándose; las espirales, los círculos simples o con un punto central, las circunferencias concéntricas, simulan expresar a la serpiente en reposo, enroscada. Luego, la ornamentación de líneas quebradas que se alternan e intercalan en la cola del ejemplar de piedra de mi disquisición, no constituirían, únicamente, el signo propio del reptil, sino que parecen sugerir la idea del movimiento; o en otros términos, el estampado del *sello ideográfico* distintivo del animal. Esta interpretación alcanza al mismo motivo que se observa en el maxilar inferior, lado derecho, y al esquema dental del superior, lado izquierdo, en el caso de que éste no representase la señal indicativa de los dientes inyectores (fig. 10).

Disgregárase así, en cuanto al dibujo aludido atañe, el viejo concepto geométrico y la presunta restauración evolutiva de sus componentes lineales, porque ahora se dispone con este ejemplar de una página de la clave interpretativa. Quienes nos legaron esos trazos hasta ayer misteriosos, no fueron fríos intérpretes de un estilo vacío; se nos exhiben como profundos observadores de la Naturaleza que supieron aprovechar para crear con uno de sus exponentes vitales, la yarará ñata, un sencillo motivo ornamental, hondo y sugestivo a la vez.

Por otra parte; observo cierta analogía de técnica constructiva entre este artístico artefacto y la figura herpetiforme, de fauces abiertas, del huecograbado de Ñorquín. Esa imagen cuyo contorno remeda un

(¹) OUTES, FÉLIX F.: *La alfarería indígena*, cit., pág. 37.
(²) GRESLEBIN, HÉCTOR: *Los motivos decorativos*, cit., pág. 317.

eslabón alargado, enseña, no como aquél, una cola parcialmente trunca, sino dos ramificaciones en forma de horquetas, una de ellas en la parte media de abajo, y la otra enfrentando la mandíbula inferior. Este aspecto da la impresión de que el reptil intenta morderse la cola¹. Semejante bifurcación caudal obsérvase en una de las figuras representadas en las pictografías de punta Gualicho².

Este detalle de la cola partida o abierta, me obliga, mal que me pese, pues no hubiese querido salir de los límites geográficos de la Patagonia, a volver, del mismo modo que en un caso anterior, al noroeste argentino. Ocurre que el arqueólogo Ambrosetti en su estudio sobre el bronce calchaquí, presenta bajo el n° 92 un pequeño disco de Santa María (Catamarca) donde se ven frente a frente y semienroscadas, dos serpientes. He aquí el texto alusivo: “*Las dos serpientes, también colocadas una frente a otra, se dirigen en sentido contrario, notándose diferencias en su dibujo; la de la izquierda, con la boca abierta, presenta sobre la superficie y a lo largo del cuerpo una serie de pequeñas líneas, mientras que la de la derecha, con la boca cerrada, esas mismas líneas se hallan divididas entre sí y —subrayo por mi cuenta— encerradas por otras transversales, quedando la cola de ésta abierta en su extremidad, lo contrario de la otra que termina en punta*”. Esta víbora tiene, entonces, la cola abierta y en su superficie superior —lomo o dorso—, líneas transversales, tal cual la pieza que describo. Y se pregunta este autor, refiriéndose al disco santamariano: “*Estas diferencias intencionales ¿no querrán representar los sexos de ambos ofidios?*”³. Y yo a mi turno, esa víbora estilizada de Santa Cruz, de cola partida o abierta, bien que morfológicamente desigual a la del disco calchaquí, pero abierta al fin y a la manera escolástica o personal del artífice creador, y aquella de cola bifurcada de la figura del huecograbado neuquino, como asimismo esotra de felino de punta Gualicho, ¿no se encuentran unidas con la de Santa María por la misma insignia sexual?

(¹) APARICIO, FRANCISCO DE: *Grabados rupestres*, cit., láms. VI y VIII a.

(²) VIGNATI, MILCIÁDES ALEJO: *Resultados de una excursión*, cit., pág. 120 y fig. 9 b.

(³) AMBROSETTI, JUAN B.: *El bronce en la región calchaquí*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, t. XI (serie III, t. IV), pág. 296; Buenos Aires, 1905.

La literatura arqueológica de Patagonia registra en su catálogo un solo título aprovechable como antecedente digno de mención. Me refiero a "Representación lítica zoomorfa del sur de Patagonia" y es su autor el profesor Milcíades Alejo Vignati. En este opúsculo se denuncia y describe una obra de la antigua manufactura indígena hallada en las cercanías del lago Cardiel (Gobernación de Santa Cruz). El objeto, según su descriptor, trasunta una lechuza; la *Strix flammea*, tal vez *Strix flammea perlata*¹, hoy denominada *Asio flammea*².

Conviene tener presente la parte esencial del texto de dicho autor: "En un fragmento —escribe— de toba volcánica, de espesor casi uniforme de 19 milímetros, el artista escorzó la forma deseada, aproximadamente la periforme, asimétrica, de bordes planos perpendiculares a las caras, si bien las aristas se encuentran ligeramente redondeadas. Su longitud máxima es de 206 milímetros; su ancho máximo, 117 milímetros; y su ancho mínimo, 58 milímetros.

"En cada uno de los tres lóbulos resultantes se ha realizado una perforación de 9 milímetros de luz, casi cilíndricos, es decir, de abertura aproximadamente constante en todo su espesor, pero que, no obstante, son del tipo común de agujeros practicados por los indígenas que, según se sabe, generalmente corresponden a la forma de dos conos opuestos por el vértice. La blandura del material utilizado permitió, seguramente, retocar, en gran parte, la forma usual hasta obtener ese resultado.

"Los agujeros practicados en los lóbulos simétricos, representan, indudablemente, los ojos de una cara, no sólo porque así lo sugiere la impresión del conjunto, sino también porque lo ratifica con evidencia el dibujo de una nariz (quizá, *pico*) colocada entre aquéllos y ejecutada mediante un rebajamiento de forma sub-losángica de 3 milímetros

(¹) DABENE, ROBERTO; *Catálogo sistemático y descriptivo de las aves de la República Argentina*, en *Anales cit.*, t. XVIII (serie III, t. XI), I, pág. 255; n° 317; Buenos Aires, 1910.

(²) Colaboración que debo a la gentileza del Sr. Angel Zotta, encargado de las colecciones ornitológicas del Musco Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia".

"de profundidad. Tal como puede apreciarse, esa disposición da a la "figura el aspecto inconfundible de una cabeza de lechuza" ¹.

Tengo para mí que con esta otra clave no sería difícil descubrir en los muros decorados patagónicos el rastro anatómico o estilizado de la lechuza, a menos que esa efigie sea un producto de importación imputable a los prehistóricos indios de Chile, dada la semejanza que su descriptor encuentra entre ella y la simbólica del historiador Medina, de su referencia.

Mas, fuere como fuere, cuanto interesa es el simbolismo, porque, es evidente, que este artefacto zoomorfo no pudo tener ninguna aplicación práctica. Y digo así por no serme desconocido el parecer prudente del profesor Vignati: "...por principio —dice— soy contrario a la atribución ornamental o simbólica de los objetos que, en realidad, pueden tener una finalidad práctica" ². Yo no quiero salvarme de un atajo huyendo por una secreta puerta de escape, como sería el hecho de apelar al cómodo recurso de atribuir a tal artefacto atributos rituales. Pero no siendo por el material rocoso empleado, de suyo blando y débil, un instrumento adaptable al taller indígena, sea para fabricar armas o enseres, laboreo de pieles, o instrumento de telar, o incapaz de servir a modo de maza, forzoso es abrir la puerta reservada, ya que, ante un objeto de tal naturaleza, sólo cabe pensar, por eliminación, en una utilidad menos pedestre. El mismo profesor Vignati debió ceder una vez su rigorismo crítico ante la representación zoomorfa referida. "Por mi parte, —ha escrito— mantengo la oposición, ya esbozada en otra oportunidad, a la tendencia, tan común en arqueología, de considerar como objeto de ceremonial todo artefacto indígena cuya aplicación práctica desconocemos. Pero, en este caso, y mientras no haya pruebas en contrario, opino que la pieza descripta debe considerarse como un objeto de simbolismo desconocido que, si no es la representación estilizada de alguna de sus deidades, tendría su uso en las pantomimas religiosas" ³.

(¹) VIGNATI, MILCÍADES ALEJO; *Representación lítica zoomorfa del sur de Patagonia*, en *Physis*, t. IX, págs. 236 a 238 incl.; Buenos Aires, 1928.

(²) VIGNATI, MILCÍADES ALEJO; *Revisión de los hallazgos relativos al hombre de Banderado*, en *Publicaciones, cit.*, serie A, II; pág. 171; Buenos Aires, 1932.

(³) VIGNATI, MILCÍADES ALEJO; *Representación, cit.*, pág. 240.

Si esta decorada barra de piedra hubiérase descubierto en el Neuquén, habría sospechado, siguiendo a Latcham¹, una posible raigambre totémica y hasta la materialización del *tótem* de la víbora, y, acaso, pretendido vincularla con el linaje de los *Vilu*² —víbora, en mapuche³—; pero como el hallazgo ocurrió en Santa Cruz, sin desechar la idea de que tal pueda ser su origen y hasta la de su asimilación a un clan afin —lo cual me conduciría a ver en ella un blasón totémico—, me inclino más bien a conjeturar sea un bastón mágico destinado a servir de instrumento de culto en alguna ceremonia zoolátrica, rogatoria o propiciatoria, con el fin de obtener los favores del temido ofidio; sin perjuicio de atribuírsele, asimismo, virtudes de talismán o amuleto, preventivas y hasta curativas, o aptitudes de vara hechiceresca como los “palos” o “maderas mágicas” australianas figuradas por Ratzel, con quienes parece unirla un sugestivo “aire de familia”⁴.

Hay unos detalles morfológicos acerca de los cuales no se me antojan inconvenientes pocas palabras más. He dicho que las bandas cuarta y quinta tienen sus campos vírgenes. Esta aparente deficiencia ornamental puede explicarse a satisfacción alegando ser innecesario allí cualquier adorno o signo faunístico, porque durante el acto ritual o en su habitual manejo pasarían inadvertidos, puesto que ese espacio debió reservarse a la empuñadura (fig. 13). Lo mismo puede suceder con la región ventral intacta. De aquí que el artífice (*¿shamán?*) que diera cima a la obra no se preocupase de tales pormenores; no los justificaba su futuro destino. Ese vacío escultórico asume ante el curioso observador la validez de un testimonio del que no es posible prescindir, a pesar de las muy humanas dudas que puedan acosarle.

No siendo desconocida la concurrencia temporaria del indio a las salinas, ¿cómo debe interpretarse este insólito hallazgo? Sin que importe

(¹) LATCHAM, RICARDO E.; *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*, en *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*, III, págs. 302 y sigtes.: Santiago de Chile, 1924.

(²) LATCHAM, RICARDO E.; *La organización*, cit., pág. 311.

(³) FEBRES, ANDRÉS; *Arte de la lengua general del reino de Chile*, pág. 661; Lima, 1765. Aunque nombre común de culebra, alcanza a “las lombrices, víboras u otras cosas así”.

(⁴) RATZEL, FEDERICO; *Las razas humanas*, t. I, pág. 432 y grabado en pág. 422; Barcelona, 1888 (versión española).

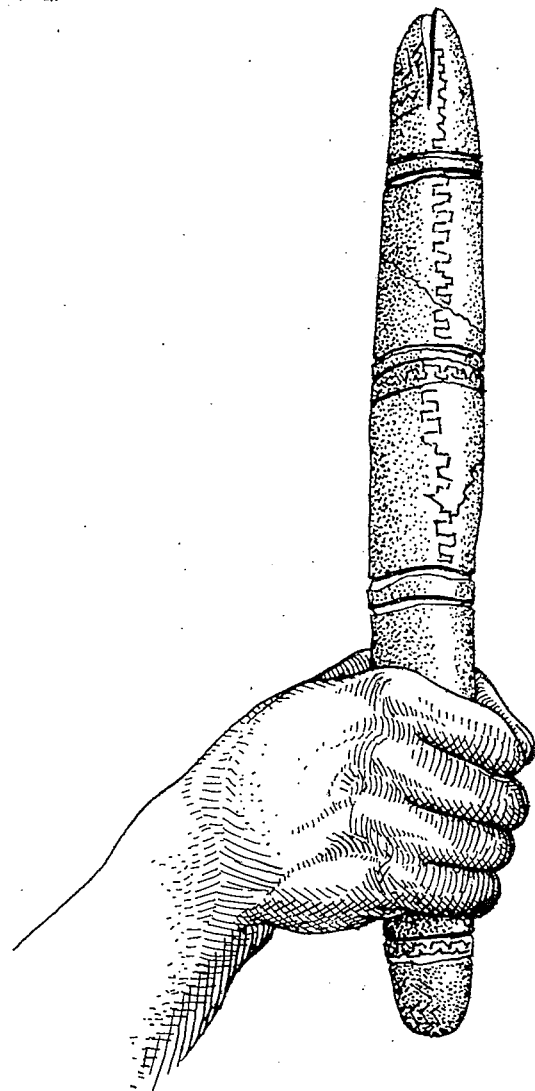


Fig. 13

generalizar, diré que no siempre atribuyo excesiva importancia al sitio donde yacen los objetos de la manufactura humana prehistórica de Patagonia. Tratándose de gente errabunda por los hábitos de caza impuestos por el medio físico de la extensión geográfica donde actuaban sus usufructuarios, el extravío o abandono de los implementos que se encuentran en paraderos, etc., no creo fuese, constantemente, la consecuencia lógica de un acto volitivo y sí casual. Pero en este caso singular, la circunstancia del descubrimiento del bastón mágico a la vera de una salina y a resguardo de toda acción corrosiva, parece prestar un testimonio que, tal vez, algún día, un nuevo hallazgo en idénticas condiciones, podrá permitir justipreciar en todo su verdadero alcance.

Mientras tanto, es lícito preguntarse, ¿este bastón mágico habrá sido escondido deliberadamente para estimular con su influjo hechicero la productividad de la salina, librándola, además, de cualquier maleficio humano o extraterreno? ¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 10 de abril de 1940. Dibujos realizados por Eduardo Ríos. Cartografía de M. T. Grondona. Fotografías de Pablo Haedo y del autor.

LA LEYENDA DE LA CIUDAD PERDIDA

por

BERTA ELENA VIDAL DE BATTINI

UNO de los temas tradicionales que se conserva desde tiempos más lejanos, y que ha alcanzado mayor difusión en el folklore universal, es el que sirve de núcleo a la leyenda de *la ciudad perdida* —el grupo humano aniquilado por un castigo divino—.

Las leyendas más antiguas que se conocen pertenecen a los pueblos de Oriente, como la de Sodoma y Gomorra, del Génesis. Los ejemplos documentados posteriormente son abundantes. A través de los siglos, la leyenda aflora en la literatura oral de casi todos los pueblos de la tierra, hasta llegar al folklore moderno con tanta vitalidad, como la que ofreció a los autores que nos dejaron su testimonio en las épocas más diversas. En Europa, en Asia, en Africa y en América, la leyenda de *la ciudad perdida* tiene su viejo asiento en tal o cual lugar. ¿Cómo pudo lograr tan dilatado dominio en el espacio y en el tiempo? Se difundió, en primer lugar, por migración del tema —la transmisión de los temas populares puede alcanzar proporciones extraordinarias—, y en segundo lugar, por creación. El espíritu de los hombres de civilizaciones semejantes, suele tener reacciones similares frente a hechos o a acontecimientos idénticos. Y así se explica no sólo la coincidencia de temas que pertenecen a la literatura oral, sino la de otros elementos culturales, en pueblos muy distantes y desconocidos. La leyenda de *la ciudad perdida* pudo surgir como *leyenda de observación* frente al hecho real de la destrucción de una población; como *leyenda*